

## La emergencia de China como gran potencia económica ...

Tomàs Moltó

La emergencia de China como gran potencia económica es uno de los hechos básicos del siglo que empieza. Esta situación no es una novedad en una perspectiva histórica amplia. China ha sido durante casi dos mil años la economía más avanzada, no solo por sus dimensiones sino por el nivel de producción manufacturera destinada al mercado. En el curso de la expansión capitalista que se originó en Europa, China perdió su liderazgo en la economía mundial y al coincidir una crisis de orígenes internos con las sucesivas agresiones, primero de Inglaterra y otras potencias europeas y finalmente de Japón estuvo a punto de desaparecer como nación. Un proceso revolucionario, surgido como defensa frente al imperialismo hizo posible su recuperación que vuelve a colocarla muy cerca de la posición que ha ocupado históricamente. Pero hay otro aspecto notable que se añade a la sorpresa con que se percibe la actual pujanza económica de China. Ésta se ha producido mediante la transición, progresiva y coronada por el éxito, desde la planificación socialista que hizo posible la industrialización hasta los mecanismos de mercado que han permitido su plena integración en el mercado mundial, sin que el objetivo de la reforma haya sido un cambio político hacia instituciones similares a las de las economías capitalistas occidentales. Por el contrario, el Partido Comunista, impulsor de las reformas, ha afirmado desde el primer momento y hasta ahora que su propósito es la construcción de una sociedad socialista, si bien desarrollada con características chinas.

La simultaneidad de este auge económico basado en el mercado con el mantenimiento de las estructuras formales del “socialismo real” es paradójica. Los rasgos básicos de la sociedad china actual se aproximan cada vez más a las de las sociedades capitalistas, tanto en los aspectos positivos como en los negativos. Las desigualdades económicas son cada vez mayores y la sanidad pública, la educación gratuita, el sistema de

protección social han retrocedido considerablemente. El empleo, un derecho garantizado en la situación anterior, depende ahora de la demanda de mercado por lo que la reducción y privatización de las empresas públicas se han traducido en un incremento del número de parados con una mínima cobertura de sus necesidades. Lacras de la sociedad capitalista, que parecían desterradas, vuelven a reaparecer: afluencia a las ciudades de trabajadores del campo en condiciones miserables, mendicidad, prostitución...

Por otro lado, los logros de la reforma son indiscutibles, no solamente en términos del poder económico, el papel de primer plano que ocupa China en la actualidad, sino en aspectos relacionados con los objetivos presumibles de una sociedad socialista como el incremento del bienestar para sectores importantes de la población, cuya renta ha aumentado significativamente, con mejoras en la alimentación y en el acceso a bienes de consumo duradero. Aunque las valoraciones de organizaciones como el Banco Mundial, que atribuyen a la reforma logros impresionantes en la reducción de la pobreza estén seguramente sesgadas a favor de los aspectos de la economía que afloran en términos de mercado, el balance desde este punto de vista es positivo. Esto contrasta fuertemente con la pérdida de bienestar que ha sido abrumadora para la mayor parte de la población trabajadora en muchos de los países en los que realmente se ha restablecido el capitalismo, especialmente en la antigua Unión Soviética. Igualmente, la pérdida de eficacia del sistema de salud en China, aun cuando ha sido importante<sup>1</sup>, no puede compararse con el deterioro que ha experimentado la sanidad en Rusia, que ha llevado a reducciones drásticas de la esperanza de vida.

Para una buena parte de los círculos de izquierda occidentales los cambios que ha comportado la transición al mercado, significan que China, lo mismo que Rusia, ha abrazado el capitalismo y su pretendido socialismo es la coartada para la permanencia en el poder de una clase política. Esta es la posición del libro de Martin Hart-Landsberg y Paul Burkett. Se trata de un estudio amplio y riguroso de la reforma económica, pero muy poco

---

<sup>1</sup> Precisamente éste es uno de los casos en el que los responsables chinos adoptaron sin demasiados matices las recomendaciones de los expertos occidentales, concretamente estadounidenses, con resultados muy negativos. Taiwan, en cambio, pasó en 1995 de un sistema similar al de EE.UU, a la cobertura universal, con resultados excelentes.

complaciente con las ambigüedades de la definición del régimen chino en relación con el socialismo. Ha tenido un eco importante, primero en su publicación como una de las entregas de la revista *Monthly Review* y más tarde como libro. La revista *Critical Asian Studies*<sup>2</sup> le ha dedicado un coloquio en el que algunos miembros del consejo editorial de la revista, especialistas en China discutieron el estudio y sus conclusiones, con valoraciones diversas, alguno de ellos bastante críticas como es el caso de Victor Lippit, que desde hace tiempo ha analizado críticamente la evolución de la reforma pero considera que no existían alternativas viables al camino que ha seguido. El análisis en que se apoya la posición de los autores es sólido, como puede comprobar el lector en las páginas que siguen. Sin embargo, las reservas frente a un diagnóstico tan radical de la reforma tienen también algún fundamento.

Si se adopta la perspectiva de los autores, que en cierta medida contemplan el proceso histórico como una regresión, en el sentido de que China había ya alcanzado una etapa más avanzada y la evolución posterior ha sido sustancialmente una restauración capitalista, sus planteamientos son difícilmente rechazables. En muchos aspectos institucionales la China anterior a la reforma se encontraba más próxima a la idea del socialismo que la actual. En relación con la situación prerrevolucionaria y en comparación con la evolución económica mundial durante la posguerra, el país había alcanzado un progreso económico enorme y logrado una cobertura de las necesidades sociales muy por encima de los países de régimen capitalista con niveles de industrialización similares o bastante más altos. Además, en este mismo proceso, China encarnaba, al menos en apariencia, las formas más radicales de transformación revolucionaria. Otra cosa es que esta situación se correspondiese con una impregnación real de estas ideas en la sociedad o se tratase tal vez de la afloración de viejas conductas con nuevas etiquetas, de relaciones feudales con etiquetas socialistas y, sobre todo, que se hubiese producido una transformación de la base productiva que consolidase realmente la superioridad del socialismo. Antes de que se iniciase la Reforma, la mayor parte de estas iniciativas habían sido abandonadas y en algún caso habían degenerado en situaciones caóticas, como algunos episodios de la Revolución Cultural.

---

<sup>2</sup> *Critical Asian Studies* Septiembre 2005 (vol. 37, n° 3).

En la perspectiva de la corriente principal de crítica al capitalismo, el marxismo, la transformación social que implica el socialismo no es la aplicación de un modelo de sociedad deseable, ya sea por la fuerza o la persuasión; la revolución socialista significa la superación del capitalismo, a partir de su propia dinámica, sobre la base indispensable del desarrollo de las fuerzas productivas y por el sujeto histórico que las relaciones sociales, las luchas de clase de la sociedad capitalista, preparan para ello, la clase obrera. La revolución china es el resultado del fracaso de las clases dominantes en el proceso de integración en el mercado mundial, que brindó la oportunidad para que fuerzas internas, entre ellas la clase obrera intentaran un proceso de industrialización bajo premisas socialistas. En este intento había sido precedida por Rusia, que se encontraba en una fase de desarrollo capitalista más avanzada y una clase obrera más numerosa y mejor organizada. Pero, en uno y otro caso estas fuerzas se enfrentaban a una doble dificultad. La primera, las condiciones objetivas que representaban el fundamento del socialismo se encontraban muy alejadas de las que requería una sociedad capaz de competir con el capitalismo en eficacia productiva. Este era un obstáculo considerable pero, a fin de cuentas podía superarse en un proceso de acumulación de capital dirigido desde el Estado hacia objetivos socialistas. El problema más grave era el cambio social propiamente dicho. La estrategia leninista, que implicaba que el protagonismo del proceso revolucionario recaía en una fracción minoritaria de la sociedad, disciplinada e imbuida de un proyecto de cambio radical, el partido comunista, era viable como primer paso para establecer las condiciones que harían posible el socialismo. Pero las fuerzas que habían de tomar el relevo en este proceso de crear unas nuevas relaciones sociales, tenían que ser la amplia mayoría de las clases trabajadoras. Estas nuevas relaciones habían de gestarse en cada uno de los elementos del proceso productivo, en un marco de libertad. En el contexto en que se produjeron estos primeros intentos de socialismo, con un capitalismo que conservaba una fuerza considerable, que intentó aplastar en su propia cuna a la primera de estas iniciativas, la Revolución Soviética y que hostigó continuamente a China estas condiciones no pudieron prevalecer.

Cabe entonces preguntarse por el significado real de la transición, no en relación a una imagen ideal de las condiciones que ha de cumplir una

sociedad socialista, de la que, obviamente, China siempre ha estado lejos, sino situándola en las condiciones concretas en que se ha desarrollado el proceso de industrialización y modernización en China. Los rasgos contradictorios de la Reforma tienen su base en aspectos específicos del proceso histórico de China en su lucha contra la crisis que estuvo a punto de hacerla desaparecer como nación.

El impulso ideológico de la revolución china partió del Movimiento del 4 de mayo, la reacción de intelectuales nacionalistas que veían la necesidad imperiosa de la modernización para la propia supervivencia de China ante el trato humillante que había recibido en la Conferencia de Versalles<sup>3</sup>. En un contexto dominado por los diferentes imperialismos, vieron en el movimiento socialista occidental y en lo que en aquellos momentos parecía su fase culminante, la revolución rusa, las claves para enderezar la situación de China

Los sectores dominantes de la burguesía autóctona, incluso su fracción más nacionalista, se habían mostrado incapaces de una radical transformación de la agricultura porque su connivencia con las clases tradicionales se lo impedía. Sin embargo para amplias masa del campesinado el acceso a la tierra era una cuestión de supervivencia física. Por eso la teoría formulada por el dirigente del Partido Comunista de China (PCC), Mao Zedong (Mao Tse Tung), la Nueva Democracia, que propugnaba un pacto entre el campesinado, la clase obrera, los intelectuales y la burguesía nacionalista (con la exclusión de la burguesía “compradora”<sup>4</sup> integrada en el Guomindang) pudo convertirse en un punto de referencia común que aunaba proyectos diferenciados. China sólo podía recuperarse como nación a través del socialismo y la insurrección campesina que se estaba gestando era el vehículo para lograr este objetivo.

Sin embargo, ya desde un principio empezaron a diferenciarse tendencias diversas que pronto se enfrentaron. Una buena parte de los dirigentes, Mao entre ellos, habían optado por una estrategia en la que primaba la transformación social al organizar la lucha contra el Guomindang de Jiang Jieshi (Chiang Kaishek) y los japoneses. El igualitarismo radical, el

---

<sup>3</sup> Las zonas ocupadas por concesiones alemanas en China no fueron restituidas sino cedidas al Japón.

<sup>4</sup> El término “comprador” era utilizado por los comerciantes portugueses para referirse a sus comisionados locales. Se convirtió más tarde en un calificativo para designar a la burguesía china relacionada con las concesiones extranjeras cuyos intereses servían.

empirismo ideológico que representaba la línea de masas (el partido debía buscar su inspiración en las masas y devolver a éstas sus ideas transformadas en propuestas concretas) y la primacía absoluta de los objetivos políticos que caracterizaban el pensamiento de Mao, fueron factores decisivos en la guerrilla contra la invasión japonesa, la victoria más tarde contra el ejército regular del Guomindang y finalmente la reforma agraria que dio la tierra a los campesinos. Pero, una vez en el poder, los problemas que planteaban la industrialización y la modernización en general requerían compromisos con las fuerzas cuyos intereses no coincidían directamente con el establecimiento de una sociedad socialista.

Por ello al lado de esta línea que recogía la experiencia del primer periodo de lucha solitaria en su refugio de Yan'an, fue diferenciándose en el PCC otra que llegó a convertirse en mayoritaria y que en un principio tuvo como principal figura al presidente de la república, Liu Shaoqi, mucho más ortodoxa en cuanto a la concepción estalinista de la construcción del socialismo que pasaba por una industrialización acelerada, priorizando la modernización y la tecnificación, en la línea de los Planes Quinquenales. Un sector más pragmático que más tarde se agruparía bajo la dirección de Deng Xiaoping y emprendería la Reforma, compartía buena parte de estos puntos de vista si bien difería sustancialmente en cuanto consideraba un error la colectivización de la agricultura y valoraba muy positivamente el papel que el mercado podía jugar en la economía socialista.

La colectivización acelerada de la agricultura, la formación de las Comunas Populares y el Gran Salto Adelante, fueron la ocasión de los primeros enfrentamientos. El fracaso de estas iniciativas obligó a Mao a retirarse del proscenio y dejar el poder efectivo en manos de la fracción derechista. Pronto, sin embargo, considerando que estaban en peligro las líneas básicas de la revolución, planteó un ataque frontal con la Revolución Cultural que arrojó del poder a los reformistas durante casi diez años. Pero la desastrosa evolución de la situación fue propiciando su retorno paulatino y después de la muerte de Mao, pronto les fue posible recuperar el control del Partido e iniciar la Reforma.

El proceso que se ha desarrollado durante los últimos 25 años ya estaba presente en los mismos orígenes de la Revolución china. Es muy cierto que a lo largo de los treinta años de “socialismo” hubo iniciativas de

transformar las relaciones sociales que parecían en su momento muy prometedoras. Pero, está claro que no consiguieron rebasar la dinámica del capitalismo en el desarrollo de las fuerzas productivas. En el contexto de unas instituciones fuertemente autoritarias, estos nuevos intentos de afrontar problemas tan antiguos como la sociedad de clases eran proclives a degenerar, como lo hicieron en muchos aspectos, hacia formas de despotismo precapitalista. Era muy difícil por otra parte que ocurriese otra cosa en el contexto de un desarrollo casi hegemónico del capitalismo a escala mundial. En la estrategia de Mao, hubo errores, a menudo trágicos, que en algún momento, contribuyeron a amplificar situaciones catastróficas a las que secularmente se había visto expuesta China por la fragilidad de su equilibrio entre recursos y necesidades<sup>5</sup>. Sin embargo, la colectivización y la formación de las comunas representaron un impulso tremendo que rompió el aislamiento del mundo rural. Incluso la iniciativa de diseminación industrial del Gran Salto Adelante, aparte de iniciativas desastrosas, como la producción generalizada de acero a pequeña escala, fue una de las bases de las industrias locales situadas al margen de la planificación que más adelante iban a jugar un papel muy importante durante la Reforma.

La evolución ha invalidado sin embargo una de las premisas del análisis de Mao en el sentido de que la burguesía china no podía realizar la transformación que era necesaria para la modernización de China. Su análisis de la sociedad china no valoraba la vitalidad de los elementos específicos del capitalismo autóctono chino, las complejas relaciones que se han establecido a lo largo de los siglos entre la estructura de poder dominante, el Estado y sus funcionarios y las redes subordinadas de la economía mercantil<sup>6</sup>. Menos ligado a los intereses extranjeros que la burguesía compradora y no tan conspicuo como la llamada burguesía

---

<sup>5</sup> Las cifras de mortalidad que se manejan, cada vez mayores, exageran un fenómeno de base real. Una buena parte de las muertes atribuidas a la hambruna de 1958-1960, son niños que no murieron porque no fueron concebidos. Por otra parte los datos no proceden de observaciones directas sino de estimaciones; el censo de 1953 que sirve de base para comparar con censos posteriores el volumen de población que debería existir después del Gran Salto Adelante, estaba sobrevalorado por lo cual las diferencias de población no son seguramente tan abultadas.

<sup>6</sup> Gates, H. "China's Motor: A thousand Years of petty capitalism". Cornell University Press. Ithaca&London. 1996

nacional que colaboró con el régimen <sup>7</sup>, el pequeño capitalismo genuinamente chino había dado muestras de su extraordinaria vitalidad en Taiwán y sobre todo en la diáspora en la que con sus propias fuerzas se convirtió en la médula de la economía de buena parte de los países del Sudeste asiático.

Uno de los análisis más conocidos del proceso de cambio señala como el rasgo más característico de la Reforma el crecimiento desde dentro del Plan <sup>8</sup>. La misma imagen podría aplicarse a la burguesía china que ha protagonizado la fase actual de intensa acumulación de capital, que en buena parte también ha surgido del interior del propio Partido Comunista. Esto no es nuevo, se diría viendo la experiencia de la transición en Rusia y los países de Europa Oriental. Lo radicalmente diferente sin embargo, es que estos nuevos sectores no se han limitado a saquear la propiedad pública sino que han contribuido previamente a crearla. Las empresas colectivas (las “empresas de poblado y cantón” en la terminología oficial china) que jugaron un papel fundamental en el despegue de la Reforma, lo mismo que buena parte de la prosperidad de las Zonas Especiales, son la obra de esta burocracia convertida en gestores eficaces <sup>9</sup>. Éstos, a diferencia de sus homólogos de Europa Oriental, no se han posicionado en contra de los valores oficiales sino que han conseguido su legitimación, dando lugar a la situación paradójica de que un partido que se dice representante de la clase obrera, modifique sus estatutos para hacer posible la afiliación de empresarios <sup>10</sup>.

Al mismo tiempo, desde el poder central se ha tratado, con bastante fortuna, de dirigir el proceso de modernización y mantener un conjunto de equilibrios, intentando que las desigualdades que provoca el crecimiento de mercado no alcancen dimensiones capaces de poner en peligro la estabilidad. Hubo momentos, especialmente en los últimos años de Deng y el periodo de Jiang Zemin en los que el Estado parecía perder peso y de

---

<sup>7</sup> Con mucha eficacia, como el recientemente fallecido Rong Yiren, industrial millonario de Shanghai antes de la revolución, que colaboro desde 1949 con el régimen y que pilotó durante la reforma el CITIC, el mayor conglomerado financiero de empresas públicas chinas.

<sup>8</sup> Naughton, Barry *Growing out of the Plan: Chinese Economic Reform 1978-1993*, Cambridge University Press. 1995

<sup>9</sup> Oi, Jean C., *Rural China Takes Off: Institutional Foundations of Economic Reform*. Berkeley, CA: Univ. of California Press, 1999.

<sup>10</sup> Person, Margaret M. : *China's New Business Elite*. Berkeley, CA: Univ. of California Press, 1999.

hecho lo hacía en términos económicos. Pero desde entonces ha corregido estas tendencias y en estos momentos vuelve a ser la principal fuerza rectora de la situación. Es decir, los dos elementos que lo largo de la historia china habían actuado como poderes enfrentados, Estado y capitalismo autóctono, con una hegemonía aplastante del primero, juegan ahora en un terreno común, en una simbiosis que por el momento no se ha deshecho y que explica el éxito de la experiencia de este “socialismo con características chinas”. Ambos comparten esta referencia, como signo de identidad nacional y también como legitimación que permite graduar las reformas de tal manera que no se ponga en peligro la estabilidad social. Esto hace que hasta cierto punto las referencias al carácter socialista de China tengan alguna base, en la medida en que una visión tecnocrática del marxismo (más bien tributaria de Saint Simon que de Marx) ha venido a sustituir al confucionismo como justificación de la necesidad de mantener un orden social jerarquizado.

El paso decisivo hacia una economía abiertamente capitalista aún no se ha dado. Las reformas legales, de las que depende la consolidación de una clase capitalista han consagrado la propiedad privada, pero al mismo tiempo se mantienen formas de propiedad colectiva, fundamentalmente en la agricultura, en donde la titularidad corresponde a los organismos colectivos pero también en las ciudades, en las que la tierra pertenece al Estado. No se ha producido el desmantelamiento del sistema de empresas públicas que reclamaban los expertos occidentales sino que mas bien se ha optado por reducir la extensión del sistema público pero manteniendo una presencia decisiva en los sectores básicos de la economía.

Otra dimensión son los cambios institucionales usualmente asociados con el reconocimiento pleno del mercado. La reciente, y polémica, incorporación al Partido Comunista de empresarios capitalistas, representaba simplemente conceder un estatuto legal a una situación real. Más importante sería, sin duda, el reconocimiento efectivo de los derechos de los trabajadores y la autonomía de sus organizaciones. La “teoría de la triple representatividad”, la ultima aportación al acervo ideológico oficial debida al presidente Jiang Zemin, significa de hecho el abandono de la

justificación de la hegemonía del PCC en la dictadura de la clase obrera<sup>11</sup>. Pero en este sentido, el Estado no ha cedido en su actitud represiva de toda acción que no se encauce en los sindicatos oficiales.

El régimen que se dibuja tiene por lo tanto, rasgos muy próximos a los que han protagonizado el crecimiento de diferentes países de Extremo Oriente en las décadas pasadas, con la diferencia, que tal vez pueda ser importante en el futuro, de que los valores sociales, si no son prioritarios, se mantienen al menos en el terreno de los objetivos de la acción política, aunque se revistan como imperativos de la estabilidad social. Es obvio que China no representa un modelo de sociedad socialista, si es que tal cosa tiene sentido. Si se considera el socialismo como la consecuencia de la dinámica del capitalismo, difícilmente el socialismo de mercado puede ser la forma que adopte, puesto que a pesar de la retórica de la libertad de empresa, las formas concretas de la estructura productiva del capitalismo avanzado implican cada vez más una profundización de la interrelación entre las empresas y un grado de concentración importante en los diferentes mercados. En las condiciones específicas de China era difícil que pudiese desarrollarse de una forma duradera un sistema de planificación que nunca alcanzó por otra parte un grado de control de la producción social al que tuvo la Unión Soviética, cuyas limitaciones son conocidas. Por ello, el recurso a los mecanismos de mercado para conseguir una movilización eficaz y eficiente de los recursos productivos era una opción que desde un principio estuvo presente y acabó convirtiéndose en dominante al progresar la Reforma. La realidad actual de China es la de un país que intenta seguir adelante con un proyecto que se inició bajo el signo del socialismo y que ahora tiene como objetivo declarado el “bienestar modesto” (xiaokang), que representa frente a los poderes hegemónicos mundiales una alternativa y que como tal puede ser una referencia a otros países que intentan lograr lo que China consiguió durante su etapa socialista, una base económica y social autónoma. China ya no es la imagen del socialismo, pero en cambio ha demostrado que es posible una estrategia independiente de crecimiento económico, utilizando los

---

<sup>11</sup> De acuerdo con esta teoría el PCC deberá siempre representar: "la tendencia de desarrollo de las fuerzas productivas de China, la orientación de la cultura más avanzada de China y los intereses fundamentales de la gran mayoría del pueblo".

mecanismos de mercado pero controlándolos en función de objetivos políticos, como por otra parte han demostrado otros países.

No es seguro, sin embargo que el régimen actual sea estable a medio y largo plazo. Las interpretaciones neoliberales cifran todos los problemas de China en los aspectos institucionales y consideran que, una vez adoptadas instituciones homologables con las occidentales, solo es necesario dar los últimos pasos hacia el mercado para que se resuelvan. Sin embargo, algunos de los obstáculos que tuvo que enfrentar China en el pasado y a los que la Revolución y luego la Reforma aportaron una vía de solución siguen latentes. La contradicción de fondo, el atraso de las fuerzas productivas ha dejado de tener, gracias a la Revolución, un carácter paralizante y ha tomado formas más manejables. Pero sigue existiendo y la Reforma no la ha superado. La situación de buena parte del campo, una vez los primeros efectos de la devolución de la tierra a las familias se han desvanecido, lleva a pensar que la opción maoísta no era tan errónea. La situación previa a la colectivización a la que los reformistas querían volver, había sido idealizada por éstos. El desarrollo de las fuerzas productivas no era posible sin poner en acción recursos que, en ausencia de una aportación de capital importante, habían de buscarse en formas de progreso de la cooperación.

Durante los próximos años, si la dinámica de crecimiento en función de los mercados continúa como hasta ahora, es imposible que el excedente de población de la agricultura sea absorbido por el resto de los sectores<sup>12</sup>. Por lo tanto, la necesidad de una acción política capaz de garantizar el mantenimiento de una agricultura que la lógica desnuda del capitalismo es incapaz de incorporar seguirá vigente en los próximos años a menos de que los grupos que ocupan el poder pierdan la lucidez que han demostrado hasta el momento.

No se trata de una tarea fácil: la coyuntura favorable para incorporación al mercado de China, la globalización de los últimos treinta años, en la que la acumulación de capital se ha nutrido fundamentalmente de la redistribución regresiva de la riqueza ha agotado ya su impulso inicial. La dependencia de China frente a los Estados Unidos como destino principal de sus exportaciones implica que una coyuntura recesiva en América tendría graves repercusiones sobre el ritmo de crecimiento. Los intentos de crear

---

<sup>12</sup> Samir Amin: Aspirations et résistances de la paysannerie chinoise contemporaine. [http://www.cerai.es/fmra/archivo/paysannerie\\_chinoise.pdf](http://www.cerai.es/fmra/archivo/paysannerie_chinoise.pdf).

una base tecnológica propia y de redirigir el crecimiento hacia la demanda interna y el espacio asiático han tenido resultados prometedores, pero aún no representan una alternativa<sup>13</sup>. Por otra parte, los problemas con que tropezó Lenovo al comprar la división de ordenadores personales de IBM y los que impidieron la compra de Unocal, muestran que no es fácil posicionarse como un competidor en un espacio mundial condicionado por el poder económico de los EE.UU.

Por otro lado, la forma de capitalismo tecnocrático que dirige actualmente China, en la medida en que todavía el capitalismo financiero no se ha desligado del Estado, está en disonancia con las formas de gestión dominantes a nivel mundial. Las presiones para que China liberalice su sistema financiero actúan para suprimir esta independencia relativa de los flujos mundiales de capital que tan beneficiosos efectos ha tenido en el pasado en situaciones de crisis al aislar a China de los efectos desestabilizadores de los especuladores. La gestión política del capitalismo de estado por los sectores sociales cuyo eje es el PCC o su transformación en curso en capitalismo financiero condicionará la evolución futura puesto que reducirá aun más el margen de maniobra de los gestores actuales al someterlos a la disciplina de los llamados “mercados”. Lo que es hoy en día una asociación de beneficio mutuo con el principal agente de estos “mercados”, el sistema imperialista americano, se convertiría en una situación de subordinación.

Una alternativa posible es que el capitalismo chino consiga consolidar su papel hegemónico en Asia oriental, reforzando los lazos económicos que han ido tejiéndose con los países que le precedieron en el desarrollo industrial y se convierta en un nuevo poder que abandone sus peculiaridades institucionales, en sintonía con los países de su entorno, en condiciones que permitan asegurar a su burguesía un control estable del poder. Pero esto depende también de factores que aun no han puesto de manifiesto su fuerza potencial y que pueden actuar en un sentido distinto, ya sea reforzando el statu-quo, ya sea reorientándolo hacia un sentido distinto al del perfeccionamiento de una economía capitalista. A pesar de que en estos momentos siga siendo el principal agente de la escena política, el Estado chino puede haber consumido ya la capacidad de intervención

---

<sup>13</sup> Nolan, P. y Zhang Jin: China and the Global Business Revolution, en Peter Nolan: Transforming China. Anthem Press. London. 2004

que explica en buena parte el éxito de la Reforma<sup>14</sup> y esto comporta la posibilidad de capitulación frente a grupos de interés que frenen las iniciativas de políticas redistributivas, con lo cual los conflictos con los grupos perjudicados por el progreso de la sociedad de mercado irían amplificándose y pondrían en peligro la estabilidad, lo cual abriría una crisis de consecuencias imprevisibles.

Si una vez más, como ha ocurrido en el pasado, las diferentes fuerzas que han dirigido el proceso consiguen sobreponerse a ese conjunto de obstáculos, una alternativa posible es el reforzamiento de la democracia, en el sentido de mantener los rasgos básicos de lo que fue la estrategia de la Nueva Democracia, entre ellos el mantenimiento de las formas de propiedad colectiva, garantizándolas frente a los abusos por parte de los gestores y el ejercicio de los derechos a todos los niveles. Esto requeriría también el reconocimiento de una mayor independencia para el movimiento obrero y también la garantía para las nuevas capas sociales, que han jugado un papel fundamental en el éxito económico de la Reforma, de que no se verán sometidas a expropiaciones arbitrarias. Es en este contexto en el que tal vez puedan jugar las fuerzas capaces de abordar, en condiciones más favorables las transformaciones en las relaciones de producción que se intentaron infructuosamente en el pasado y de llevar a China hacia el socialismo sin características es decir, la libre asociación de productores.

Tomás Moltó García  
Catedrático de Economía Aplicada, Universidad de Barcelona

---

<sup>14</sup> Bramall, Chris: Sources of Chinese Economic Growth, 1978-1996. Oxford University Press. Oxford.2000